



H-industri@ *Revista de historia de la industria, los servicios y las empresas en América Latina*

Año 4- Nro. 7, segundo semestre de 2010

Roberto Pinkus, *Villa Lynch era una fiesta*, Buenos Aires, De los cuatro vientos, 2008 (232 págs.)

Villa Lynch es una localidad del partido de San Martín, provincia de Buenos Aires. La instalación de una planta de General Motors en la década de 1920 fue modificando su paisaje casi rural. Pronto, el incipiente centro industrial se convertiría en un centro textil de relevancia nacional; la “pequeña Manchester argentina” como algunos llegaron a denominarla era mentada en el vecindario como “la república textil”.

En *Villa Lynch era una fiesta* Roberto Pinkus relata la historia de una decena de familias de inmigrantes polacos de origen judío que allí se establecieron contribuyendo a darle la impronta de ciudad textil, ciudad de inmigrantes, ciudad de Pymes familiares que la caracterizó por más de cuatro décadas.¹

El propósito de su obra es rendir un homenaje a aquellos pioneros y a quienes continuaron su labor. Cuenta para ello con los recuerdos de su familia y de su infancia, con su trayectoria como empresario textil, y con testimonios orales y escritos brindados por descendientes de segunda y tercera generación. Intercala en los relatos fotografías y documentos de época entre los que se encuentran imágenes de la vieja estación, de los primeros establecimientos fabriles, de maquinaria textil, certificados de arribo a Buenos Aires, certificaciones de servicios, anuncios de despidos y proclamas obreras.

Pinkus distingue dos oleadas de inmigrantes. La primera se extendió desde los años veinte hasta 1939. Se trataba en general de residentes de las ciudades de Bialystok y de Lodz, principales centros textiles de Polonia. Un contexto de creciente desocupación y miseria al finalizar la Primera Guerra Mundial se tornó aún más complejo con el avance del antisemitismo en Europa. Una vez en Buenos Aires, la mayoría trabajó en las principales empresas textiles de la época: Ángel Bracerías SA, Ugolino y Giardino y Campomar, entre otras. A esta última el autor dedica un capítulo en el que describe brevemente su proceso de expansión y su estilo de gestión. La segunda oleada estuvo integrada por quienes vinieron escapando del holocausto. “Los verdes” (*di grine*) recibieron apoyo de la comunidad entera, se

¹ Las historias narradas corresponden a las siguientes familias: Pinkus, Rutemberg, Ponieman, Beserman, Muzycansky, Linkovski, Novera, Ventura, Naparstek.

integraron rápidamente y lograron insertarse laboralmente en tiempos en que la explosión de progreso asomaba al barrio.

El sector textil protagonizó un formidable crecimiento a partir del *crack* de 1929. La devaluación de la moneda, la caída de los precios internacionales de los bienes primarios, la reducción de la competencia externa fruto del aumento arancelario y de las restricciones cambiarias impuestas por el gobierno conservador, estimularon la sustitución de importaciones. Según datos del censo industrial de 1935 la industria textil ya se ubicaba en el segundo lugar - luego de la rama "alimentación y afines"- en número de establecimientos (15% del total), ocupaba al 21% de los trabajadores industriales y representaba el 20% de la producción del sector manufacturero. Esta expansión continuó en los años siguientes merced a la protección natural que significó la Segunda Guerra Mundial y luego gracias al estímulo de la política de redistribución del ingreso y apoyo crediticio oficial durante el peronismo. Si bien sufrió una recesión a partir de 1950, a comienzos de 1954 la industria textil comenzó a recuperarse bajo el impulso del mercado interno.

Villa Lynch fue el escenario elegido por quienes, luego de ser empleados en las empresas más tradicionales del ramo, se lanzaron a la aventura de trabajar por cuenta propia. Contaba con la ventaja de ser un lugar cercano a la capital y poco poblado por lo que el ruido de los telares podía ser bien soportado por los vecinos muchos de los cuales se convirtieron en empleados de los pequeños emprendimientos que fueron surgiendo. El derrotero del progreso fue muy similar en todos los casos: obrero, *façon* y fabricante. Lo más corriente fue la formación de sociedades familiares. Padres e hijos, hermanos o cuñados destinaban los primeros ahorros a la adquisición de un telar propio. Una vez transformados en *façonieres* tejían por cuenta de sus ex empleadores o para los cada vez más numerosos pequeños fabricantes que demandaban su producción. El paso siguiente, el más audaz, era la independencia total, convertirse en fabricante y por ende en nuevo cliente consumidor de hilados. Algunos empresarios diseñaron estrategias que apuntaron a la integración vertical. Tal fue el caso de los hermanos Ponieman que, arribados en la década del veinte, se instalaron en Villa Devoto donde construyeron los primeros galpones y desde allí irradiaron su influencia hacia Villa Lynch. Importaron de Europa una hilandería completa de lana cardada, compraron más terrenos y construyeron nuevos galpones. La empresa continuó creciendo e incorporando tecnología hasta lograr la instalación de una hilandería de lana peinada que también era apta para fibras sintéticas de gran finura. Los hijos de la primera generación también se dedicaron a expandir los negocios. Instalaron una moderna hilandería en Villa Carlos Paz, Córdoba, y otra en la ciudad de Trelew, Chubut, donde además montaron un lavadero de lana merino. Instalaron otras empresas en Villa Lynch completando todo el circuito industrial: lavadero, hilandería, tintorería y tejeduría. Gracias a esa infraestructura y a la calidad de sus productos pudieron acceder a mercados externos. *Ponieman Hermanos* atravesó varias crisis hasta que a mediados de los años noventa cesó sus

actividades. Otro caso de integración vertical es el de Linkolan SA. Dentro del conjunto de las empresas mencionadas en el libro, la de la familia Linkovski es una de las pocas que continúa sus actividades liderando actualmente el mercado de casimires.

A partir de los años treinta las pequeñas fábricas familiares se transformaron en medianas empresas textiles. Se fueron incorporando hijos y sobrinos con ideas nuevas, renovados conocimientos y deseos de expandir las actividades iniciadas por sus padres. Villa Lynch era la representación de las Pymes y de la inmigración. Pocos intentaron dar el salto para la gran empresa

La expansión de la industria textil favoreció la producción local de maquinaria y accesorios destinados a la rama. La producción de telares se desarrolló tempranamente como consecuencia de las restricciones a las importaciones durante la Segunda Guerra Mundial. Pinkus destaca el aporte que los empresarios de Villa Lynch realizaron en este sentido. Allí surgieron algunos talleres mecánicos especializados en los que, luego de ensayar la fabricación de piezas como reemplazo de las originales importadas, se logró la producción de un telar completo. Así apareció en el mercado el famoso telar Famatex, de los hermanos Muzycansky y Zabel Rutenberg. En pocos años, la planta tuvo una producción de trescientos telares mensuales y una dotación de 350 personas. Otro caso remarcable fue la creación, en 1951, de la firma FIMTA (Fabricación Industrial de Maquinaria Textil Argentina). Para lograr el prototipo matricero de las partes y fabricar las máscaras patrón para la fundición, Beserman –uno de los socios de la empresa- solicitó a un vecino y amigo un telar de la firma suiza Rütli, uno de los primeros que llegaron de ese país luego de la guerra. Como demoraron más de lo previsto, lo resarcieron devolviendo el original y dos fabricados por FIMTA. Relata Pinkus que muchas veces se entregaban los telares a amigos y conocidos que no contaban con el dinero para pagarlos y que fue gracias a esos lazos que Villa Lynch desarrolló un parque industrial de envergadura.

La trama de relaciones trascendió las cuestiones de negocios y se plasmaron en la creación de instituciones que se convirtieron en emblemas barriales. En 1940 se creó el Centro Cultural y Deportivo IL Peretz con el objetivo de conservar y educar a los hijos dentro de las tradiciones judías. Tenía jardín de infantes, colegio primario y secundario, biblioteca en idisch y español, teatro y deportes. En el ante-último capítulo el autor transcribe un artículo de Nerina Visacovsky, Licenciada en Ciencias de la Educación de la UBA y tercera generación en Villa Lynch. Como docente e investigadora en el área de Historia y Sociología de la Educación se dedicó a estudiar el pensamiento pedagógico de la izquierda judeo-progresista en el país. Esa tarea la llevó a recuperar la historia “del Peretz” que cerró sus puertas en 1996 y a madurar la idea que los libros de la biblioteca puedan ser consultados por el público. Con una mirada distinta sobre temas medulares del judaísmo, un grupo de vecinos fundó, en 1947, la Comunidad Tel Aviv de Villa Lynch y cinco años más tarde la escuela Tel Aviv N°5.

Tanto “El Peretz” como “La Comunidad” contaron con cooperativas de crédito, Cooperativa de Crédito de Villa Lynch y Cooperativa Cuenca, respectivamente. Ambas fueron creadas para respaldar las actividades institucionales pero también tuvieron un rol fundamental como herramienta financiera de pequeños y medianos empresarios de la zona cubriendo necesidades que los bancos tradicionales no atendían. La primera fue, junto a otras entidades afines, cofundadora del Banco Credicoop.

Los empresarios textiles de la zona también participaron en la fundación de la Asociación de Industriales Textiles Argentinos. ADITA nació en la década de 1950 como corporación empresaria Pyme y contrafigura de la Confederación Argentina de Industrias Textiles que desde 1932 representaba los intereses de las grandes empresas del sector.

Pinkus cierra su trabajo con una galería de más de cuatrocientas fotografías a modo de inventario arquitectónico. En ella se pueden observar las fachadas de los centros fabriles de Villa Lynch. Acompaña cada foto el nombre del establecimiento, la dirección y los nombres de los socios fundadores.

Villa Lynch era una fiesta carece del rigor metodológico de una obra académica. Es un tributo, una catarsis teñida de melancolía por un tiempo que la inestabilidad económica derivada de los contextos de apertura de mediados de los años setenta y de la década del noventa dejó atrás. Un tiempo pasado en el que inmigración, familia, industria y comunidad fueron trama y urdimbre de la fuerte identidad textil que caracterizó a Villa Lynch.

El lector interesado en la historia de la industria no encontrará datos “duros”, tampoco un relato ordenado cronológicamente ni continuidad temática entre capítulos pero podrá apreciarla desde un ángulo menos convencional, la verá plasmada en historias de vida.

Cecilia Dethiou
Facultad de Ciencias Económicas
Universidad de Buenos Aires